XVII HISTORIA DE "APARIENCIAS" no bien terminó la publicación de Del Natu-16 rat, cuando me propuse escribir otro libro, más por el pueril afán de ostentar en su frontispicio mi reciente título de académico que por el libro mismo. Fué una vanidad, necia como todas las vanidades, la que de nuevo me puso la pluma en las manos. Afortunadamente, otros acontecimientos me hicieron abandonar Guatemala é interrumpir el trabajo comenzado sobre intención tan mezquina; había una hoja concluída, el título, pero el plan no estaba resuelto, fluctuaba entre dos ó tres argumentos diversos. Sirvióme la interrupción de diez meses, con mi permanencia en México y Europa, para adoptar el plan definitivo, el que desenvolví y llevé á término aquí, en Buenos Aires,

durante quince meses de trabajo consecutivo. Hacía mucho tiempo que anhelaba ocuparme de la época de la intervención francesa, porque tenía la convicción, - y teniéndola sigo - de que ofrece una mina inagotable y apenas explotada de cuadros interesantes, desconocidos y artísticos. Pocos escritores mexicanos la han tratado hasta ahora; presieren asuntos distintos, anteriores ó posteriores á aquella época, que debiéramos todos sabernos de memoria. Hablar sólo de la guerra, como quería yo hablar, incidentalmente, podía salirme excesivo ó corto, y entonces reapareció un antiguo deseo, dejado siempre para más tarde, de intentar una novela moderna sin salir de México. Y además de que el adulterio me tentaba de suyo, mis observaciones á ese respecto, las confidencias secretas de dos amigos en cuyos dramas respectivos fuí el diario testigo, hiciéronme preferir tan escabroso tema. Con un poco más de práctica, pasé revista á mis tropas, dentro de mí, y aunque bisoñas las hallé resueltas á librar la batalla; prometiéronme no quejarse de heridas ni de tropiezos, y el libro comenzó á nacer, hoja por hoja, capítulo por capítulo; con sus horas amargas, de desconfianza; horas en que la propia y mimada labor se nos antoja fría, desprovista de encantos; con sus frases rebeldes, las que se encabritan al asirlas ó las que huyen de nosotros, muy lejos, sin importarles nuestra desesperación ni que el párrafo quede trunco; con sus páginas que nos dejan sin dormir toda una noche, de codos sobre la mesa, y nos envenenamos á fuerza de cigarrillos y nuestra lámpara oscila como si nos pidiera permiso de marcharse á descansar; pero también de cuando en cuando, con sus instantes de premio inefable y sus horas de triunfo íntimo; con sus frases dóciles y armoniosas que suenan á orquesta extrahumana; con sus páginas que creemos perfectas, que creemos que nos servirán de tarjeta en las antesalas de la fama; todas las alternativas, en fin, de los que vivimos enamorados de nuestro oficio y de los que lo bendecimos ó maldecimos según nos trata.

Leí el primer capítulo en la reunión de Obligado, me lo aplaudieron y obraron mal, porque las censuras alcanzadas con capítulos posteriores me supieron á acíbar. Publicóse el tal capítulo en uno de los diarios de la tarde, y yo me sentí alentado, con más ánimos para continuar en la brecha. Desde un principio, perseguí un propósito, demostrar que el castigo del adulterio existe dentro del adulterio mismo, pues tal es y ha sido mi creencia, sobre todo desde que conocí en uno de los amigos de que hablo arriba, el martirio letal en que vivieron él y su cómplice. No hay palabras con que pintarlo. Por eso en mi libro sigo á los adúlteros paso á paso; por eso me esmeré en desmenuzar hasta sus menores sensaciones.

Y ya que de adulterio se trata, he de levantar, siquiera sea de paso, algunas de las inculpaciones de la crítica.

Achácasele á mi libro la influencia de la literatura francesa por haber elegido el adulterio, y niego el cargo. El adulterio, aunque en mucha menor escala, tiene en el mundo entero condiciones de vitalidad; es hijo del matrimonio. Matrimonios hay que no lo engendran; matrimonios en que resulta primogénito, matrimonios en que resulta ultimogénito. En unos y en otros vive ó muere conforme lo reciben 6 lo rechazan. En mi opinión, hay tres clases de adulterio: por vicio, por accidente y por pasión. Nada disculpable ofrece el primero; todo es bajo, es inmundo, es morboso; es también el dominante en Europa y en los Estados Unidos, donde la mujer mundana se casa sin amor y donde entre la ociosidad y la abundancia de inmoralidades que componen la vida elegante, asoman y desaparecen los amoríos; amoríos que á nada han de saber y que no han de dejar huella interna, sin celos, sin lágrimas, sin emociones; amoríos de frac y corbata blanca que se inician mordiendo el abanico en una gran soirée y fenecen en los bordes de una taza de té, en el ángulo de un saloncito tibio y capitonado. Ese adulterio, por dicha nuestra, sólo lo conocemos en libros extranjeros y de desear es que su importación sea muy tardía.

El adulterio por accidente, puede ocurrirle á la mujer más santa; á veces es inevitable, lo determinan un conjunto desgraciado de factores y ni ha de manchar, pero escaso partido sacaría un novelista de esta catástrofe aislada.

Queda el adulterio pasional, el que sí vale la pena de que se le estudie, el que puede atacar á cualquiera mujer y el que puede presentar circunstancias que lo hagan disculpable ante el criterio exigente, estrecho y falso de esa hidra que llamamos sociedad, la que empuja y no perdona nunca. ¿Por qué asustarse de que un libro nos hable de cosas reales, de cosas que han sucedido, que suceden y que sucederán en esta lucha eterna de los dos sexos; lucha de acercamiento, de compenetración; lucha fatal, fisiológica y humana? Suprímanse las pasiones con su séquito de horro-

res, con sus chispazos de odio, sus relámpagos de cariño, sus besos homicidas, sus remordimientos dantescos, y el mundo sería idéntico á un gran teatro en las noches en que no hay función y que por loca ocurrencia se llenara de espectadores. Saldríamos riendo de nosotros mismos en lugar de salir llorando, como salimos ahora del espectáculo de nuestras pasiones.

Claro que mi ensayo, con tales intenciones, naturalista había de ser, vale decir, sincero y franco, dentro del único orden posible en arte.

Por eso es que no me explico los disparos de los últimos recalcitrantes contra lo que á falta de nombre más apropiado se denomina "naturalismo". Admiro su valor, eso sí, pero me sorprendo de que no se convenzan todavía de que ya ni lucha hay siquiera; que el "naturalismo" ha triunfado, que es dueño absoluto del campo, y que esos disparos postrimeros sólo sirven para que los rezagados como yo, apretemos el paso y vayamos á reunirnos con el grueso de las tropas que ha tiempo disfrutan de los aplausos de la victoria. Al método privativo de Zola la crítica lo declara en desuso, pero lo declara arbitrariamente, sin dar ninguna razón, lo afirma porque sí, en tanto que el maestro pudiera oponer á la gratuita afirma-

ción, el número colosal de ejemplares de sus obras que se venden y se venden en el extranjero, y muy especialmente en la América española. ¿No es éste, indicio positivo de que continua de moda? Y suponiendo que á Zola su obra y sus teorías le salgan equivocadas y defectuosas, no veo por qué ha de barrerse con el sistema en que milita él, en que han militado los clásicos de todos los tiempos, el sistema honrado, valiente, de decir la verdad, decir lo vivido, lo visto, lo que codeamos, lo que nos es familiar. Demuéstrese la falsedad de la escuela, demuéstrese que la verdad es falsa. y entonces sí habrá que someterse al fallo de sus enemigos, de los que prefieren los castillos feudales y los trovadores pálidos y las pelucas empolvadas á las mil tragedias de la existencia moderna que presenciamos diariamente más ó menos cerca. Castillos, trovadores y pelucas nos quedan á millones de leguas, los conocemos mal, al través de lecturas no digeridas, mientras que las tragedias contemporáneas-morales y materiales-están á nuestro alcance, las sentimos palpitar, estremecerse, y hasta hemos tenido que enjugar las lágrimas de algún extraño, ó que enlutarnos por la muerte de un corazón amigo. Es más, yo creo que en América el neo-clasicismo y el romanticismo, sólo en verso excelente deben tolerarse; pero la prosa no puede ser más que naturalista; á nuestra literatura, que apenas comienza los pininos de su primera edad, le ha tocado una época en que á las cosas se las llama por su nombre ¿cómo vamos á exigirle que ella las llame de otra manera?

La belleza eterna de los clásicos, radica en su amor á la verdad, amor que los hace acreedores al título de grandes naturalistas. Nos hablan de su vida diaria con una frescura que seduce; píntannos sus hábitos y sucesos poniendo los puntos sobre las ies y el Dafnis y Cloe, por ejemplo, lleva el sincerismo á término tan minucioso, que la asendereada "Nana" del maestro Zola tendría que ruborizarse del aprendizaje amoroso y por sistema objetivo de la cándida y encantadora pastorcita. Diga vd. sin embargo, en cualquiera reunión, que ha leído el idilio griego y lo considerarán hombre de provecho; diga vd. que leyó "Nana" y es muy posible que lo echen á la calle por pervertido, por inmoral.

La célebre cuestión de la moral en el arte ha sido venero de discusiones complicadísimas; críticos hay que pondrían un vestido, siquiera escotado, á la radiante mutilada de Milo y otros que quisieran desnudar á la casta Gioconda. Yo tengo para mí que el arte no es moral ni inmoral; es arte, debe ser arte y como tal purificar lo impuro que sin aquél se quedaría de impuro para siempre. Pero no voy á cerrar los museos ni á intentar autosde-fe con las obras literarias, por evitar rubores de niñas casaderas, miedos de letrados asustadizos ó de viejos libidinosos é impotentes. La condición ecencial del arte legítimo es la verdad; la verdad implacable, la que nos horroriza porque sale á contar en letras de molde lo que ha visto dentro de nosotros, la que se torna en acusador de nuestros vicios y de nuestros defectos, la que podría delatarnos con los que nos estiman, probando que no somos santos ni podemos serlo ni lo seremos jamás. Esa verdad es poco cómoda; preséntase inopinadamente en la forma atractiva de novela y turba nuestras fiestas, nos disminuye las fuerzas para seguir declamando nuestro papel en el gigantesco escenario del mundo. Bien pueden, pues, perdonársele las inexactitudes y las exageraciones que se le escapan; se equivoca de buena fe, como todo el que se halla en las inexperiencias del ensayo, como todo el que busca lo relativamente definitivo. Pero si se compara la idealización romántica que producía engendros calentu-

rientos, incestos, adulterios, infamias que exigen ducha helada en quien las inventa, con la novela actual, documentaria, reposada y sincera, muy pocos preferirán aquella. El novelista de hoy es un obrero que recoge los materiales del camino, los que pierden los parientes, los amigos, los conocidos y que se encierra á trabajarlos, á pulirlos, á darles belleza artística; el novelista de ayer, era un enfermo que se torturaba el cráneo hasta extraerle algo formidable y enmarañado que se vendiera pronto aunque fuera la más absurda de las mentiras. El lector quedaba complacidísimo, se le había hecho agua la boca con las picardías leídas, mas al cerrar el libro, tranquilizábase con la consideración de que aquello no era cierto. Ahora, nó; si acaso concluye un libro, quédale ingrata impresión, precisamente porque lo leído es verdadero; parécele que en vez de á una lectura asiste como testigo á un proceso real, ante un tribunal incorruptible, el de la propia conciencia. Ha visto su retrato, su caricatura y se indigna; no le place que se lo echen en cara; presiere el engaño, las hipocresías; que los periódicos y las relaciones y los indiferentes lo desvanezcan á fuerza de adjetivos encomiásticos y mentidos.

En buenhora que se clame contra los falsifi-

cadores del naturalismo, contra los pornográficos; lo merecen y ojalá que desaparecieran de un solo golpe y para una sola vez; pero los otros, los austeros, respetémoslos.

Además, yo vuelvo la cara y por todas partes me encuentro con el naturalismo triunfante. Francia, España, Italia, Bélgica, Rusia, Inglaterra, los Estados Unidos, Noruega, están dadas al naturalismo en arte, y en literatura muy principalmente; naturalismo excesivo como en Francia; aterrador en Rusia; dulzón en Inglaterra; penetrante como el de Ibsen; delicioso como el de Pereda; admirable como el de los "Bocetos Californianos" de Bret Hart, mas naturalismo siempre. ¿ Deberá uno decir que ha pasado de moda? A lo sumo declarar que no nos gusta. Y si Europa con sus tradiciones medievales ha renunciado al romanticismo ¿cómo vamos á sacar de América una edad media que nos sirva para nuestros propósitos literarios? Fuera de las tradiciones del virreinato que son contemporáneas y en las que tanto y con tanta justicia se ha distinguido el señor Palma, su inventor, no es prudente ni meterse con los indios del período pre-colombino, so pena de caer en lo artificioso y en lo falso; no los conocemos lo bastante para resucitarlos en